

El Tinglado de la Farsa

“LA PERGOLA DE LAS FLORES”

POR HUMBERTO MALINARICH M.

EL TEATRO de Ensayo de la Universidad Católica ha opuesto a la sombría belleza de “La Opera de Tres Centavos”, que mantiene a tablero vuelto el Instituto del Teatro de la Universidad de Chile, la alegre, fresca y grotesca dimensión chilena de la “La Pergola de las Flores”. Fue recibida con carcajadas y lágrimas por las “pergolas” de la Estación Mapocho en su pre-estreno del jueves, y con salvas de aplausos por la crítica y el habitual frío público de los estrenos oficiales, el sábado pasado. Su éxito demuestra que en el teatro nacional ningún género se excluye: hay lugar y público para la comedia musical, el drama (“Deja que los perros ladren”), y el sainetón tipo “Población Esperanza”.

La comedia musical, producto netamente norteamericano, ha sido una de las principales contribuciones de Broadway al teatro. Ya en 1914 y 1915, Irving Berlin estrenaba con enorme éxito “Watch your Step” y “Stop. Look! Listen”. Jerome Kern y George M. Cohan fueron también por esa época los favoritos de Broadway. Después vino Gershwin que, según el decir de alguien, “hizo del jazz una mujer honrada”.

El año pasado, los espectadores santiaguinos aprobaron con entusiasmo la introducción en nuestros escenarios de este género teatral. El Teatro de Ensayo dio



El Rector de la Universidad Católica, Monseñor Alfredo Silva Santiago, aplaude junto con el Ministro Julio Philippi, una de las canciones de “La Pergola de las Flores”.

el primer paso con “¡Esta Señorita Trini!” (texto de Luis A. Heiremans y música de Carmen Barros), que dirigió con acierto Eugenio Dittborn. Fue una esforzada incursión exploratoria que amplió los horizontes del teatro chileno. El público la premió manteniéndola casi un año en la cartelera del “Camilo Henríquez”. Después, dos adaptaciones: “Juani en Sociedad” (“The Reluctant Debutante”, hecha por Luis Alberto Heiremans), dirigida por Carlos Morris; y “Eso que llaman el Novio” (“The boy friend”, en su versión castellana hecha en México), dirigida por Miguel Frank, sirvieron para ratificar la entusiasta acogida del público chileno.

Este primer ciclo experimental ha sido brillantemente cerrado con la obra de Isidora Aguirre y Francisco Flores del Campo. Con “La Pergola” queda definitivamente incorporada a la escena chilena la comedia musical.

Hace más de dos años, Francisco Flores del Campo concibió la idea de esta comedia musical y compuso algunas canciones. Santiago del Campo, actualmente en gira por Europa, fue encargado de escribir el texto de la comedia. Lo hizo en verso y “a la manera” de García Lorca. Cuando el Teatro de Ensayo decidió estrenarla, se le pidió que cambiara el metro romancero por la prosa. Al salir Santiago del Campo de viaje se le encomendó esta tarea a Isidora Aguirre, quien dio vida a una obra totalmente nueva. Narra un hecho totalmente verídico entroncado ya a la pequeña historia santiaguina: la batalla política, social y periodística a que dio origen la destrucción de la pergola de las flores de la Alameda, el año 1948, y el traslado de las floristas a la Estación Mapocho. Para darle mayor vistosidad, Isidora trasladó la acción al año 1929, época del charleston, de las mujeres de falda corta y melena a la garçon, edad dorada de la siutiquería criolla.



La aristocrática viuda de Valenzuela se somete a un torturador tratamiento de belleza con Pierre "le peluquier plus connu de la ciudad".

La florista Ramona (Anita González) y Laura de Larrain viuda de Valenzuela (Silvia Piñeiro), rodean al Alcalde (Justo Ugarte) en uno de los cuadros finales de la comedia musical.

Ramona (Anita González) aconseja a su ahijada Carmelita (Carmen Barros), recién llegada de San Rosendo, cómo conquistar al hijo del Alcalde.



Edmond Gagey, autor de "Cuarenta años de Teatro Americano", sostiene que "para juzgar una obra teatral no hay un criterio definido absoluto, ya que, en definitiva, depende del gusto y de la personalidad del observador", de modo que lo que para algunos será una virtud para otros constituirá un defecto. Teniendo presente esta observación haremos nuestro comentario.

La comedia es chilena por sus cuatro costados. Lo son los autores de la música y del texto, el director y los actores, pero, lo que es más importante, lo es la anécdota real en que se apoya el texto, mientras la música empapa sus risueñas y estilizadas raíces en nuestro folklore nacional.

Junto a la explotación de un hecho histórico, hermozeado por la imaginación de Isidora Aguirre, "La Pégola" nos entrega la ridiculización de las costumbres de un pasado reciente. Acompañando al diálogo vivo y chispeante de humor chileno está la música ligera y su picaresca letra que pone en solfa la moral de algunos políticos, como la del Alcalde en "Yo digo siempre Sí":

"En política y amores,
decir no es barbaridad.
El sí es tanto más bonito
y tiene elasticidad.
Cuando un radical me pide apoyo,
no le digo nunca no.
A los candidatos pelucones
siempre les digo que sí.
Pero cuando quedo solo,
hago lo que me conviene a mí".

Sin embargo, en la obra hay más ingenio que sátira política o social. En ella todo adquiere una dimensión grotesca, salvo las breves y bien dosificadas, por suerte, escenas románticas. El tema está bien escogido y mejor estudiada su versión al teatro.

Después de un año de ensayos, que trajeron consigo modificaciones en los diálogos y letra de las canciones, Eugenio Guzmán (del Instituto del Teatro) logró obtener un buen trabajo del conjunto y unidad de impresión en el público. Utilizando su anterior experiencia (dirigió "La Opera de Tres Centavos" y "El Baile de los Ladrones", Anhouil), pudo dar homogeneidad a los diversos elementos que integran la obra. A través de los ocho cuadros divididos en dos actos (división tradicional en la comedia musical, pues tres actos desconectarían al espectador del ambiente de fantasía) fue enhebrando el hilo de oro del argumento, sin el cual la comedia se habría desarticulado en una simple revista musical. Apoyándose en el texto de Isidora Aguirre, en la música y letra de las canciones de Flores del Campo, en la coreografía de Juana von Laban (becada en Chile por la Comisión Fulbright), en la escenografía, iluminación y vestuario de Bernardo Trumper, y en la instrumentación y arreglos musicales de Vicente Bian-

chi, Eugenio Guzmán logró formar un todo con la música, la danza, la acción y el ambiente.

Hay una fórmula que sintetiza este género de la comedia musical: "comedia inferior, canción superior". Los aplausos del público, naturalmente, fueron más dirigidos a la parte cantada que a la comedia.

Montar una comedia musical no sólo requiere tener el texto y las canciones. Se necesita de actores-cantantes o de cantantes-actores, si se prefiere. En un país como Chile, en que este género está en sus balbucesos, éstos no existen. Los cantantes no son actores o éstos no son cantantes. Hay, pues, que improvisarlos para después ir formándolos lentamente. De allí provienen los defectos principales del estreno del Teatro de Ensayo. El reparto sólo cuenta con dos cantantes profesionales: Matilde Broders y Carmen Barros (Marianela). Los demás, como Silvia Piñeiro, Ana González (La Desideria), Nelly Meruane, Elena Moreno, Maruja Cifuentes, Charles Beecher, Justo Ugarte y otros, sólo cuentan con su buena voluntad. Item más, para reforzar las escenas de baile hubo de contratarse a dos bailarines profesionales. La pequeña cabida del escenario, a pesar de la habilidad que demostró Trumper en el montaje del dispositivo escénico, obstaculizó también en parte un más brillante aprovechamiento de las comparsas, que en número superior a treinta debían desplazarse en rápidos y plásticos movimientos.

Con todo, "La Pégola" es uno de los esfuerzos más serios y mejor logrados para dar carta de ciudadanía en Chile a la comedia musical.